

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscription: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

LA FRANCESA

Para **GOMAS HIGIENICAS!!** irrompibles, de las mejores marcas, dirigirse a la más antigua y acreditada casa, CARDENAL CASAÑAS, 4.

Crónica diaria.

La Junta de gobierno de la Caja de Ahorros y Montepío de Barcelona, en sesión de 27 de Junio último, acordó otorgar 191 premios de 100 pesetas a otros tantos imponentes asiduos, que hayan cumplido con las condiciones del concurso anunciado en 28 de Marzo último, en la forma siguiente:

- 50 premios de 100 pesetas cada uno a los del primer grupo.
- 50 premios a los del segundo.
- 31 a los del grupo tercero.
- 40 premios a los jóvenes de 14 a 18 años de edad que comparadas sus imposiciones con las propias ganancias, se ha creído que sea el ahorro fruto de su trabajo.
- 20 premios a los del grupo 5.º, que son imponentes que disfrutan un sueldo que no excede de 100 pesetas mensuales.
- 50 premios a los del grupo 4.º, imponentes que llevan prestando servicio puramente manual en el mismo taller, fábrica, etc.
- 10 premios a los del grupo 1.º, o sea imponentes con cuatro o más hijos menores de 14 años.

Los nombres de los imponentes premiados quedan en la tablilla del establecimiento y se les avisa que pueden pasar de nueve a doce de la mañana o de cuatro a seis de la tarde por las oficinas con sus respectivas libretas a los efectos consiguientes.

En los días 18 y 19 del corriente celebrará su fiesta mayor la pintoresca barriada del Carmelo.

Con tal motivo, el Centro de Propietarios y Vecinos ha organizado varios festejos en su local social y entre ellos lucidísimos bailes, corriendo el programa a cargo de una reputada orquesta, y una cena de honor, a la que entre otras personalidades han sido invitados los concejales por dicho distrito, así como otros ediles que se interesan y se han interesado por el mejoramiento de la barriada citada.

Dichos actos prometen verse muy concurridos.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Sevilla, Brunos, paseo de Gracia, 54; Prat, Reiterd. Diagonal, 440; Mazagán, Ca

net Mar'a, ronda San Pedro; Heustaratorda, Sena; Grno, Francisco Corcal, lista; Aureos, Boda; Palma Sandrian.

La secretaría general de la Universidad anuncia que desde el día 1.º al 31 del próximo mes de Agosto, en sus días lectivos de diez a once, estará abierta la matrícula de enseñanza no oficial en los negociados respectivos para los alumnos que deseen examinarse en el mes de Septiembre próximo de asignaturas de las facultades en este centro establecidas.

Los que deseen dar validez académica a los estudios de enseñanza no oficial de las carreras de practicante y mastron durante el presente a o académico, podrán solicitar su inscripción en las citadas carreras en el negociado de Medicina durante los días lectivos del 1.º al 31 de Agosto próximo de diez a doce.

La Comisión provincial, en sesión de ayer, se ocupó de los siguientes asuntos: Sección de Hacienda. — Informe acerca de un recurso de alzada inter puesto por don Pedro Parrellada y otro contra un acuerdo del Ayuntamiento de Cornellá resolviendo recaudar por administración el arbitrio de carnes.

Idem idem acerca de una reclamación de don José Puol contra la exacción por el Ayuntamiento de Barcelona del arbitrio sobre vinos en forma de p tentes.

Reclamación de antecedentes en el recurso de alzada interpuesto por la razón social Pérez y Xipell contra la imposición de una multa por defraudación en el impuesto de Consumos.

Sección de cuentas municipales. — Dictámenes proponiendo la aprobación y finiquito de las cuentas municipales de San Adolfo de Vellalta de 1913; Montanyola, Santa Cecilia de Montserrat y Vallbona de 1913.

Ayer, a las siete de la tarde, declaróse un incendio en el patio de la casa número 22 de la calle de Morales, quemándose varios cosales de leña y algunas gallinas.

El fuego fué pronto sofocado por los bomberos que acudieron con el material correspondiente.

Personáronse en el lugar del siniestro varias parejas de orden público y otros agentes de la autoridad.

Servicios prestados por los mozos de la Escudra:

Los de Rocafort han puesto a disposición del Juzgado a la mendiga Francisca Casas Carreras a La galina, vecina de Manresa, por haber penetrado en una casa de dicho pueblo con el pretexto de pedir limosna, y, aprovechando un momento de descuido de sus moradores, se llevó una pequeña cantidad en metálico, que le fué ocupada.

Los de Mollet auxiliaron al Juzgado municipal en el levantamiento del cadáver del sujeto de aquel a vecindad José Grimán Colet de años, casado, labrador, que fué hallado en un depósito de agua de una propiedad de aquel término.

parece que dicho sujeto, al pretender lavarse los pies, le sobrevino un síncope, cayendo dentro del aludido depósito y pereciendo ahogado.

Bolsin mañana.

Interior, 80'45 dinero; Nortes, 83'80 operaciones; Alicante, 89'40 dinero; Platas, 69'50 dinero.

Noticia de los fallecidos el día 15 de Julio de 1914.

Casados, 3. Viudos, 3. Solteros, 1. Niños, 13. Abortos, 0. — Nacidos { Varones, 10.
Casadas, 1. Viudas, 4. Solteras, 1. Niñas, 7. Abortos, 0. — Nacidos { Hembras, 7.

Postal de Nueva York.

Pequeños propietarios.

No es Méjico el único país en que se ha impuesto la necesidad y reconocido la conveniencia de crear una clase numerosa de pequeños propietarios rurales. En Irlanda, desde hace algunos años, el Estado adquiere, por venta voluntaria o por expropiación, fincas

19 de Junio.

grandes y las divide en chicas, que son vendidas a plazos a los labradores que las cultivan. Se ha empleado en esta obra más de quinientos millones de duros y los resultados van siendo muy satisfactorios en lo económico, en lo social y en lo político. Aumentan la producción y el bienestar desaparece el odio de la población campesina a la aristocracia territorial y mucha gente que antes era turbulenta es ahora ordenada.

También en Inglaterra, por medio del impuesto nuevo sobre las tierras baldías, que obliga a sus dueños a enajenarlas, o por la acción del Estado, de los Consejos provinciales (o condados) y de los Municipios se va aumentando el número de pequeños propietarios rurales. En el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda han 77 millones de acres, de los cuales la nobleza posee unos dos tercios, o sea 52 millones. Entre 28 duques tienen cuatro millones; entre 33 marqueses, millón y medio, y entre 194 condes, 5,850,000. Poco a poco irá desapareciendo esta situación y habrá allí una democracia labradora desahogada e independiente.

En los Estados Unidos abundan las tierras buenas y baratas y de fácil adquisición. El trabajador asciende, sin mucho esfuerzo, a propietario. Esto se ve, no sólo en los blancos (americanos o inmigrantes), si que también en la población de color, compuesta hace medio siglo casi exclusivamente de infelices esclavos y que desde entonces ha progresado muchísimo en lo económico.

El año 1910, en Virginia, el setenta y seis por ciento de los labradores de color era dueño de las tierras que cultivaba, y en los diez años anteriores, de ese elemento había sólo el veintinueve por ciento. Hace cincuenta años no poseía allí más que unos cinco mil acres; hoy posee más de millón y medio. En Arkansas hay 215,000 *farmers*, de los cuales son de color 74,000 y de éstos unos 16,000 son dueños de las fincas que explotan.

Y en todos los demás Estados del Sur, en mayor o menor grado, se ve este progreso, por el cual se va creando una clase de terratenientes negros. Esto es de gran importancia política y social para el porvenir, y así lo comprenden los racistas blancos del Sur, a quienes alarma esa transformación.

Uno de ellos, el profesor Long, de la Carolina, del Sur, ha leído en la Conferencia Social y de Educación celebrada en Saint Louis una curiosa Memoria. En ella ha expuesto la conveniencia de que los propietarios blancos se interesen por sus arrendatarios de color: que les hagan contratos a largo plazo y a precios moderados; que les ayuden a instruirse; que les enseñen los métodos agrícolas más modernos; que les presten dinero a tipo bajo, pero que uno les vendan tierras.

—Soy opuesto—ha dicho—a que el negro posea tierra, porque esta posesión será el paso más seguro hacia la igualdad social y por ésta se irá a la amalgama de razas, que traerá la depreciación de la raza blanca.

Con este criterio de conservatismo obtuso y cruel ha contrastado el del Rdo. Mr. Mills, quien, en una Memoria leída en esa misma Conferencia, ha dicho:

«La historia, la sociología y la ética de mi religión me muestran la sabiduría de que todo hombre, si es posible, posea su *homestead* o su finca. Estoy por una nación de muchos propietarios pequeños y en contra de una nación de grandes propietarios y de pequeños arrendatarios.»

En Méjico hay algo peor que arrendatarios chicos; hay masas de obreros que trabajan en las colosales fincas, donde la pasan muy mal.

Un americano que ha residido en aquel país publica en el *Sun* la descripción de una de esas fincas, de trescientas millas cuadradas, de la cual sólo está en cultivo el 5 por 100 y éste se hace por unas ochocientas familias indias.

Dice que el ingreso de cada familia si trabajan todos los varones de ella, es de veinte a treinta centavos al día, lo indispensable para no morir de hambre y para emborracharse con la bebida que les vende el amo. Cada trabajador tiene que ejecutar su tarea diaria; si no lo hace, le dan azotes; si se fuga, le dan tormento y lo encierran en la cárcel de la finca; si se declara en huelga, pidiendo mayor jornal, lo fusilan. Si se enferma, no se le administra más que sal de Inglaterra, con lo que o se cura o muere. Si se cura, al volver al trabajo, se le carga en su cuenta el tiempo que ha estado en la enfermería a razón de dos pesos diarios.

«Los domingos—añade este americano—el indio, para olvidar sus miserias, se embriaga y su mujer va a misa. Así viven hasta que mueren. Los jornales en esa finca importan al año setenta mil pesos y lo que gana el dueño cuatrocientos mil. Esto es, más de mil pesos diarios para una sola familia y doscientos cuarenta pesos diarios para ochocientas familias.»

Tal es el espantoso estado que quieren modificar los reformistas mejicanos con la aprobación del presidente Wilson, modificación que se debe hacer de una manera honrada y legal, comprando tierras a los grandes propietarios para venderlas—o donárselas, en algunos casos—a los trabajadores.

Y la reforma agraria dará en Méjico tan buenos resultados como los está dando en Irlanda.

ANTONIO ESCOBAR.

La curación por los reflejos.

Un médico francés, el doctor Jaworski, aplica un método terapéutico que parte de una base esencialmente científica.

Para él la patología está dirigida en cierto modo por un elemento que, hasta ahora, se consideraba sólo útil para el diagnóstico: el reflejo.

La acción refleja, nadie lo ignora, es un acto inconsciente que imprime la médula cerebro-spinal, sin que intervenga la voluntad.

Instintivamente tenemos reflejos de la piel, los músculos y los tendones. El movimiento inconsciente que nos hace saltar de lado para librarnos de un coche ¿qué es? Reflejo. ¿El movimiento que nos hace retirar el dedo al contacto de un hierro caliente? Reflejo también.

Pero de que el reflejo sea inconsciente no se deduce que no tengamos acción sobre él.

Este es el punto de partida del doctor Jaworski. Se ha dedicado a disciplinar esta acción, a dominarla, a guiarla, utilizándola en los casos que podía influir en la enfermedad. Con esto no ha hecho más que aplicar los conocimientos de la neurología moderna a las prácticas, ya desaparecidas, de los pueblos

primitivos del Extremo Oriente.

Los chinos y los japoneses han poseído en alto grado el conocimiento de terminaciones nerviosas y de sus consecuencias terapéuticas.

Sirviéndose del filete nervioso, al que corresponde un reflejo como de un hilo conductor, ha ido hasta el órgano vital, llegando al otro extremo del hilo formando una cadena completa, una especie de ciclo cerrado, ha llegado a la aplicación terapéutica que se imponía. Ha podido traducir la enfermedad en curación y decir: "A reflejo determinado corresponde afección determinada y a la inversa." Es la reflexopatía.

Desde entonces los resultados extraordinarios obtenidos por el doctor Jaworski, y que a los profanos pueden parecer pedagógicos se explican, al contrario, normalmente.

Enfermos en los cuales las medicaciones normales no producen efecto, notaban por el nuevo procedimiento un alivio inmediato. Asmáticos se han curado definitivamente; atáxicos han podido andar normalmente; individuos enfermos del corazón o atacados de enteritis crónicas han visto cesar sus sufrimientos.

Conocimientos útiles.

Para encorchar las botellas no conviene mojarlos taponos en agua caliente, como generalmente se hace. Aparte de que este procedimiento quita elasticidad al corcho, el calor o el agua caliente disuelve el ácido tánico que aquél contiene y enbebe el agua, que luego deja caer dentro de la botella por efecto de la presión de la máquina de encorchar.

Lo mejor es poner los corchos antes de usarlos en un cesto de mimbre forrado de algodón limpio y cada media hora regarlos con agua clara y fría, sacudiendo después fuertemente el cesto. Los corchos tratados de este modo tapan herméticamente las botellas.

Para dorar zapatos para teatro, así como otros objetos de cuero, se empieza por dar al material una mano de clara de huevo. Cuando se ha secado ésta, se frota bien el cuero con la mano, poniéndose en la palma un poco de aceite común, y enseguida se colocan los paños de oro y se pasa un hierro o una plancha caliente, teniendo presente que el oro sólo

lo quedará adherido en los puntos por donde se haya pasado el hierro; en el resto se quita con sólo pasar un cepillo.

Para privar a las pipas y boquillas de la nicotina producida por el uso de fumar cójase primero una pluma de ave de las llamadas timoneras y pásese por el conducto interno de la pipa. Acto seguido pásesele otra impregnada en espíritu de vino, y, por último, pásesele otra seca, con todo lo cual la nicotina habrá desaparecido.

Cuando las cañerías gotean lo mejor es llamar al fontanero; pero en caso de que éste no pueda venir enseguida, se evita que el agua estropee las alfombras o los muebles tapando las grietas con una pasta hecha de jabón amarillo, yeso y un poco de agua, la cual conserva durante varias horas tapados los agujeros o grietas de la cañería.

El barón Máximo y su tío habían conocido a la florista antes de que se estableciera con dinero también de sus adoradores.

El enamorado de Rosa habría podido, pues, dirigir su carta lo mismo a los bajos que al primer piso de la rue Royale.

Para que le sirvieran según sus deseos podía contar lo mismo con la florista que con la inquilina del primero.

¡Mejor aun con aquella!

Carolina Lebret, menos viciosa, más ligera, con menos cálculo y avidez, menos envenenada por la corrupción de París, se habría prestado con repugnancia a ciertas maniobras.

Gabriela estaba gangrenada hasta los tuétanos.

Nacida en una buhardilla de Belleville, hija de una vieja portera de los suburbios, avara porque había sufrido demasiado miseria en su juventud, ávida de oro porque conocía el poder de éste villano dios del día, Gabriela era cien veces más peligrosa que Carolina, capaz después de todo, en un momento dado, de una buena acción.

La casualidad, transportando a la joven de la casa de modas al almacén de flores, la arrojaba, pues, en un peligro peor que el otro.

Pero Rosa no se lo imaginaba.

La dulzura y la hipocresía de Gabriela había, por el contrario, producido una favorable impresión en el espíritu de su nueva empleada.

Al salir de la casa, Rosa se detuvo en la acera, con una satisfacción visible, ante aquella tienda de brillantes escaparates, en los cuales había flores de todas clases y de todos colores.

La joven se regocijaba a la idea de que iba a entrar en aquella casa lujosa, cuya clientela no podía reclutarse más que entre los millonarios y cuyas rosas le parecían carecer de espinas.

La joven se dirigió a su hotel y enteró a la gerente que se había hecho amiga suya, de lo ocurrido.

No se trataba más que de buscar una habitación.

La que el afinador de órganos le había indicado estaba a dos pasos de su almacén.

La joven encontró el terreno preparado.

El jorobado había dicho dos palabras al portero, haciendo grandes elogios de la visitante, que se proponía vivir en la casa.

La Cité Vindé es un edificio considerable construido en los primeros días de la Restauración en terrenos que entonces se daban por un trozo de pan.

Los tiempos han cambiado.

El portero, un funcionario cortés, a las primeras palabras que, con voz algo trémula, la joven balbuceó, le dijo:

—¡Ah! ¿Es usted la que llega de su pueblo?

—Sí, señor.

—¿Con M. Nestor?

- Sí, señor.
- ¿Buscaba usted colocación?
- Sí, señor.
- ¿Ha encontrado usted alguna?
- Sí, señor.
- ¡Caramba! Ha tenido usted suerte... Son raras las colocaciones... Si es buena al menos...
- No sé; lo espero.
- ¿Tiene usted recomendaciones?
- Una sola... la del barón de Fernay.
- Entonces esto no me sorprende ya. Y usted entra...
- En el almacén de flores de la calle Royal.
- ¿Gabriela?... Rica casa... Mi felicitación.
- Y el portero agregó:
- Es una habitación lo que usted quiere.
- Sí, señor.
- M. Poquet me ha avisado. Se interesa mucho por usted. Un agradable muchacho, bueno, tranquilo y que trabaja como un ángel. Tiene un mal oficio... Afinador de órganos. Repasa con frecuencia el de la Magdalena... Un buen obrero a lo que parece. Además, jamás hace ruido, ni una palabra más alta que la otra... No es como su primo el pastelero... ¡Un parlanchín! ¿Han venido ustedes juntos?
- Sí, señor, y ha sido una suerte para mí el haberles encontrado... Me han dado consejos...
- ¿Quiere usted ver el local?
- Si no le causa molestia...
- No queremos alquilar habitaciones a señoritas solas... pero usted tiene aspecto de buena... y M. Nector nos ha hablado muy bien de usted... Venga.
- El émulo de San Pedro dió algunas instrucciones a su esposa, que había dentro de la portería y con un manojo de llaves en la mano subió, seguido de Rosa, cuatro pisos, y se detuvo en un corredor a cuyos lados había varias puertas numeradas.
- La de la habitación destinada a Rosa tenía el número 16.
- Vea, esta—dijo el portero designando el número 14—es la puerta de M. Nector.
- Es inútil decir lo reducido de la habitación que se ofrecía a la joven.
- ¡Qué diferencia entre esta habitación y la casita de Tavernay!
- Rosa dió un paso atrás y tuvo frío en el corazón.
- Esta habitación era un antro en comparación con el paraíso que había perdido.
- Afortunadamente, la voz del portero la sacó de sus reflexiones.
- Usted estará aquí como un pollito en su gallinero. Si hay un rayo de sol es para usted y se necesita muy poco para amueblar esto. Es un hallazgo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Una linda jaulita—agregó el portero riendo—. ¿Le gusta?

—Mucho.

—Entonces, de acuerdo. Doscientos cincuenta francos anuales. No es caro. Sesenta y dos francos cincuenta por trimestre. ¿Podrá usted pagarlos?

—Así lo espero.

Rosa suspiró pensando en Tavernay, en aquella casita del parque, donde se respiraba plenos pulmones. En aquel estrecho espacio se ahogaba.

El portero adivinó lo que la joven pensaba.

—¿En qué piensa usted?—preguntó.

—En mi país—respondió la joven sencillamente.

—¡Vamos! Valor. Es el primer momento el que cuesta. Cuando esté usted acostumbrada, las cosas marcharán como sobre ruedas. Necesita usted muebles. Ocúpese de ellos. Vaya a una buena casa y no se deje robar. Usted estará bien aquí. Ya verá.

Descendieron.

En el momento de dejar al portero, Rosa dijo:

—¿Tengo que pagar alguna cosa?

—Tengo confianza; además, no se llevará usted la casa, ¿eh?

—No, seguramente.

—Me ha de dar cinco francos para al contrato.

La joven entregó al portero la cantidad pedida.

—Es un pecado tomar dinero de una muchacha como usted. Ha hecho bien en venir aquí... No será desgraciada.

Y el buen hombre entró en la portería mientras que la joven salía a la calle.

—¿Cosa hecha?—preguntó la portera a su esposo.

—Hecha. Una linda inquilina a fe mía. Es joven, inocente, sencilla y dulce.

—¿En qué se ocupa?

—Ha entrado en casa de la florista de la calle Royale.

—¿Ya?

—Cuando la otra la ha visto, la ha tomado enseguida.

—Es un mal bicho esa Gabriela. ¡Qué pronto ha dado colocación a esa joven! Un espejuelo para cazar alondras.

El portero se echó a reír.

—Claro que si la joven hubiese tenido una joroba en la espalda, como su vecino el afinador, la florista no la habría admitido en su casa. Después de todo, esto debe tenernos sin cuidado.

Por la tarde el coche de un gran almacén llevó un mobiliario completo para la habitación de Rosa.

Este mobiliario no pesaba mucho ni costaba caro.

En algunos instantes todo estuvo instalado.

Rosa había seguido al pie de la letra las instrucciones de su vecino.

La camita de hierro, con algunos adornos de cobre, era sencilla; dos sillas de madera curvada acompañaban a una cómoda de nogal, una mesita y un tocador más grande que la cómoda.

Rosa había arreglado su habitación con la presteza y la habilidad de un hada.

Después de los gastos hechos quedaban a la joven trescientos cincuenta francos como fondos de reserva.

Esto era poco, pero otros tendrían menos aun.

Cuando estuvo sola, con la bujía encendida en su único candelero de cristal, la joven sintió al menos una satisfacción. ¡Estaba en su casa! No oiría ya las burlas de las brujas de Tavernay. No vería ya el rostro irritado de su padre.

Condenada como tantas otras al trabajo, a las incertidumbres del mañana, poseía dos ventajas: ánimo y juventud. Pronto recobraría la salud y con la salud la fuerza.

¡Y quién sabe! Quizás el porvenir sería para ella más clemente que el pasado.

La noche estaba serena.

Rosa se puso a la ventana. A las nueve contemplaba el espectáculo de las luces en las ventanas de las casas de enfrente, al otro lado de los jardines.

En este momento la ventana del afinador se abrió y éste, al ver a su vecina, le preguntó:

—¿Está ya todo arreglado? ¿Ha sido bien recibida?

—Gracias a usted.

—Yo deseaba tenerla cerca de mí. Ya verá usted cómo seremos buenos amigos.

—Sin duda.

—Si necesita usted alguna cosa, no tiene más que decirlo.

—Gracias.

—¿Y ha encontrado una buena colocación?

—Bastante buena.

—Tanto mejor; duerma bien. Ya tendrá usted tiempo de fatigarse. Buenas noches, paisana.

—Buenas noches, señor.

Las dos ventanas se cerraron.

Rosa entró en su habitación, sentóse a su mesita y escribió lo que sigue:

«Mi buen Pivart.

Estoy en París mejor de lo que yo pensaba. Como podrán pasar ahí cosas que me gustaría saber, le envío mi dirección a condición de que me guarde el secreto.

Yo habito en el bulevar de la Magdalena, 17.

No lo diga a nadie.

Yo quiero vivir sola y tranquila con mis recuerdos.

He encontrado una colocación en el barrio.

Plense alguna vez en su Rosita, muy triste por lo que sucede.
Estoy muy cansada. He corrido todo el día para procurarme los objetos que me eran necesarios. Voy a dormir y mañana iré al almacén.
Los principios serán quizás duros, pero ya me acostumbraré.
Adiós, mi padre Pivart. Desde mi ventana veo jardines, pero ¡qué lejos de parecerse a los nuestros!...

¿Volveré a verlos?

Adiós; me aburro ya de estar sola, pero el destino lo quiere.

Su amiga,

Rosa Brinon.

Y puso la dirección: «M. Pivart, pastor en los Essarts, en Tavernay (Nievre).»

Sus ojos se cerraban. La joven se desnudó, se metió en el lecho y pronto no se oyó en la habitación más que el ruido de una respiración igual, pura como la de un niño en la cuna.

XXI.

El misterio de M. de Rambert

En París se encuentra una muestra de los animales más venenosos, más feroces y más peligrosos de la creación.

Los de aspecto más seductor no son siempre los menos temibles.

La dueña de Julia Brault, la compañera de viaje de Rosa Brinon, del joyero de la Cité Vendé y del pastelero de la calle Caumartin, podía pasar por una de las especies más notables de las fieras temibles, felinos pérfidos de la gran ciudad. Su camarera la había pintado en algunas palabras.

Había sido admirablemente bella.

¿Lo era aun?

Sí y no, según la expresión favorita de Julia.

No tenía ya la frescura de sus veinte años, las gracias esbeltas de la primera juventud, ni la suavidad intacta de una piel de virgen.

Pero ella poseía otras ventajas, otros encantos; el desarrollo de una apetitosa madurez, la ciencia del bien y del mal revelado por la serpiente a nuestra abuela Eva y todos los talentos, todas las astucias, todos los vicios de una experiencia consumada, es decir, una atracción más poderosa sobre el alma y los sentidos que las gracias sencillas y la inmaculada pureza de una joven de sonrisa cándida y delicados pudores.

En la avenida Hoche, a la altura de la calle Beaujou, a alguna distancia de la avenida de l'Etoile, se puede ver un hotel construido a la italiana.

Su historia no es más notable que su forma.

Fué construido hace una veintena de años por un peruviano que desapareció después para volver a las Pampas.

Cómo este hotel ha pasado a las manos de su propietario actual sólo podría decirlo el peruviano, pero éste se halla lejos.

Todo lo que se sabía en los alrededores del hotel es que estaba habitado por una mujer sola, muy tranquila, que se hacía pasar por viuda y se llamaba madama Bremont.

Sus íntimos la llamaban Raimunda a secas.

Algunas la llamaban baronesa.

Todos se engañaban.

En el fondo no era ni baronesa ni de Bremont.

Su notario sólo habría podido decir su verdadero nombre.

Su partida de nacimiento decía: Luisa Raimunda Collinet, nacida en Belleville; hija natural de Berta Collinet, en vida corista de teatros.

Berta Collinet había muerto miserablemente, como había vivido.

Su hija había tenido más suerte y llevaba un tren de mujer elegante.

Tenía su coche y tres criados, entre ellos M. Felipe el cochero, que debía tener muy mala lengua, y Julia Beault, la rubia de Saint Saulge.

Algunos días después de la instalación de Rosa Brinon en el almacén de flores de la rue Royale, hacia las nueve de la noche, en el primer piso de este hotel, en un vasto gabinete, una mujer envuelta en un soberbio peinador estaba tendida sobre un largo diván con los brazos bajo su cabeza y con todos los señales de la fatiga y del aburrimiento.

La dama del peinador extendió los brazos y tocó un botón eléctrico.

Casi enseguida se abrió una puerta y entró una mujer.

Los tres viajeros del Morvan, con Rosa Brinon a la cabeza, habrían reconocido inmediatamente a la señorita de Saint Saulge en sus cabellos rutilantes y en su conjunto agradable.

Su tez de rubia parecía aun más blanca bajo su bata negra, sencilla, que dejaba dibujar sus excitantes formas.

—¿Ha llamado la señora?—dijo.

—Sí.

—¿Qué quiere la señora?

—La señora se aburre—declaró la dueña.

—Podría salir la señora.

—Para ir ¿a dónde?

—A la Opera, por ejemplo.

—¿En qué día estamos?

—¿En miércoles.

—¡Yá!

La dama se incorporó un poco y se dejó caer gimiendo:

—¿No hay cartas?

—Si las hubiese ya sabe la señora que yo no la haría aguardar.

—No me ha escrito desde hace seis días —murmuró la señora en tono trágico.

La camarera trató de consolarla.

—Quizás el señor conde vuelva muy pronto... Tal vez está ya en París.

La dama hizo un nuevo esfuerzo, volvió a incorporarse y después sacudió la cabeza.

—Tendrá que haber llegado hoy —dijo—; ayer no estaba aun de regreso.

—¿Está segura la señora? —murmuró maliciosamente Julia.

La dama respondió sin vacilar.

—Sí.

Al mismo tiempo se levantó con un movimiento brusco, dió algunos pasos y se aproximó a la chimenea.

—Sí—repitió—, fui ayer, a las tres, a casa de M. Rambert y éste estaba ausente. Yo no sé qué idea se me ocurrió. Subí a su casa. No había criados... Yo tenía mi llave... Entré. Era una inspiración.

La dama se detuvo. Una mala sonrisa iluminaba su rostro.

Julia parecía acostumbrada a las excéntricas de su señora.

Esta visita comprometedora al domicilio de un soltero no parecía sorprenderla.

Había oído otras.

Madama de Bremont sentóse en un sillón bajo y en esta posición nueva su cabeza se encontró iluminada por la luz de la lámpara.

Julia no había dicho más que débilmente la verdad elogiando sin calor los encantos de su señora.

La falsa baronesa era rubia y blanca como su camarera; pero había entre ellas la diferencia del caballo mal lavado y cuidado, sin raza, y el alazán brillante de pura sangre de Oriente.

La señora debía aproximarse a los cuarenta, pero estaba soberbia aun.

Su piel tenía la finura del satén. Sus cejas, admirablemente arqueadas, sombreaban unos ojos oscuros llenos de fuego, extraños en este pálido rostro.

La nariz, aguileña, sin exceso, tenía algo de imperiosa; los labios rojos, eran crueles; los dientes, blancos parecían dispuestos a morder.

Lo que sorprendía sobre todo en ella, lo que atraía eran sus hombros, sus brazos y su garganta admirables, marmóreos, voluptuosos.

El conjunto de su persona tenía una gracia felina, aristocrática.

Las manos diáfanas parecían de marfil.

Diez años antes este cuerpo ágil y vibrante debía ser una incomparable maravilla.

Los restos tenían su precio.

El gabinete de Raimunda tenía dos ventanas que daban a la avenida Hoche.

Pasaron algunos carruajes por esta avenida, sobre todo por la parte alta.

¿Por qué el ruido de un coche que se aproximaba, descendiendo de la plaza de l'Etoile, hizo estremecerse a la pseudo baronesa, cuando había estado indiferente al sonido de los otros?

Se tienen presentimientos.

—Es él—dijo a la camarera.

Al mismo tiempo corrió a una de las ventanas, levantó una de las cortinas y miró afuera.

Un coche se detuvo ante el hotel.

Un hombre descendió y llamó a la puerta.

—No me engañaba—repitió Raimunda—. Julia, déjanos.

La señorita de Saint Saulge no replicó. Dió media vuelta y desapareció por una puerta, mientras que su dueña se dirigía hacia la otra y la abría con prisa.

Era el conde Olivier de Rambert el que entraba.

El misterio de su vida, al que había aludido en su conversación con la señorita de Meilhan, eran sus relaciones con la falsa viuda de la avenida de Hoche.

Cuando el conde apareció, Raimunda retrocedió un paso.

El rostro de su amante tenía una expresión de furor mal contenido.

El conde entró con paso de dueño, se quitó los guantes, los metió en el sombrero y dejó éste sobre un piano. Después se plantó ante su amante en actitud hostil, casi amenazadora.

La señora de Bremont se había repuesto y sonreía.

—Ha estado usted mucho tiempo en la Nievre, caro mío—dijo ella con voz armoniosa, una de esas voces de contralto, profundas y emocionantes, que expresan tan bien la cólera, la ternura, la pasión bajo todas sus formas—. Ese país siempre ha tenido para usted un atractivo particular. En fin, ya está de regreso y no tengo de qué quejarme.

El rostro del conde se puso aun más bilioso, más negro.

—Vuelvo demasiado tarde—dijo—, puesto que ya ha tenido tiempo de cometer una infamia.

—¿Palabrotas? ¿Y con qué motivo? Parece usted muy irritado, Olivier.

—¡Oh, sí, más de lo que puede usted suponer!

Cuando se tienen motivos para enfadarse se exponen éstos y generalmente se acaba por entenderse—continuó Raimunda con pérfida dulzura.

—¿A qué ha ido usted a mi casa?

La interpelada respondió con calma inquietante:

—Precise... se lo ruego... ¡He ido tantas veces!... ¿De qué día habla usted?

—De ayer.

Raimunda señaló con el dedo un asiento al conde Olivier; sentóse ella también y agregó:

—Siéntese. Necesito coordinar mis recuerdos... Tengo tantas cosas en el corazón... Bien puede usted concederme un poco de tiempo.

El conde sentóse en el sillón que se le había ofrecido, cruzó las piernas, apoyó la cabeza en el respaldo y aguardó.

Virtus post nummos.

¡Tin... ton... tin... tan!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

El rey era bondadoso y se dispuso a medir por sí mismo la maldad de su pueblo.

La cárcel estaba llena de criminales.

Todos se decían inocentes.

El rey iba a saber los que lo eran.

Atravesó los rastrillos y las enormes compuertas de hierro se fueron cerrando tras él.

—¡Justicial! ¡Justicial!—le gritaban por todas partes.

Y el eco repetía, en los inmensos corredores, mezclado con esos gritos, el ruido de cien cadenas.

En un patio estaban los ladrones y el rey los invitó a que hablasen.

—No somos malos—le dijeron—y el acto del robo nos impuso otras maldades; pero sin hambre no hubiera habido por qué juzgarlos; otros vimos las joyas de nuestros ministros, las queridas de nuestros magistrados, los buenos vinos y los regalados manjares de los príncipes, las lindas vestiduras de los nobles, y, hombres como ellos, nos parecieron, como a ellos, hermosas las joyas y las mujeres, como a ellos deliciosos los vinos y los manjares, como a ellos soberbios y enloquecedores los ricos trajes. Pues hombres como ellos somos, ¿por qué ha de ser para nosotros el derecho al trabajo mal retribuido y para ellos el derecho al placer sin límites gozado? Quisimos disfrutar y robamos, y el robo nos impulsó otras maldades. Sin esos modelos, y sin su insolencia, no habría habido por qué juzgarlos.

El rey dejó a los ladrones y pasó cabizbajo al patio de los que tenían las manos y el traje manchados de sangre.

—Hablad—les dijo.

—No somos malos—le contestaron—; unos matamos porque el hambre o la envidia nos llevó más lejos de lo que quisimos; otros matamos cediendo a la obcecación producida por ideas que forman parte de nuestro ser, tanto las han arraigado en nuestro espíritu sus propios maestros y sus propios sacerdotes; matamos como matarías tú al que te abofetease o al que deshonrase a tu hija o a tu hermana e entrase en tu propio lecho;

otros por extravío de nuestra razón, mal atendida desde la infancia, acaso desarrollada en malsano ambiente. Sin nuestra enfermedad o nuestra miseria, sin nuestros prejuicios y nuestro abandono moral no habría habido por qué juzgarlos.

—Basta—exclamó el rey—. Sois una colección de perdidos y todos sostenéis vuestra inocencia, sin negar vuestros crímenes. Acabaré por enternecerme y por creer que la virtud no es en la vida sino un accidente. Seguid en vuestras mazmorras. Me rodean miles de nobles y de magnates, de generales y de sacerdotes; son hombres como vosotros y jamás han robado ni matado como vosotros; tenéis cara de lo que sois. Está retratado el crimen en vuestra frente. ¡Atrás los malditos de la justicial! Renuncio a la compasión.

Pero un reo que esperaba con la hoga vestida a que el verdugo le condujese al suplicio dijo al rey:

—Un hombre que va a morir no miente. Buenos son todos los que te lo dicen y haz, si no, una prueba. Despoja a tus nobles, a tus magnates, a tus generales, a tus magistrados y a tus sacerdotes de todos sus bienes y de todas sus rentas y reparte sus dignidades, honores y tesoros entre los que habitan esta lóbrega cárcel. En cuanto a los poderosos de hoy, déjalos que se arreglen como puedan. No tardarán en venir a cubrirse con estos harapos que tan mal aspecto dan a los que aquí ves; el odio secará sus corazones y la inquietud arrugará sus frentes. Te parecerán tan espontáneos criminales como los que acababan de hablarte.

El rey meditó un momento y exclamó:

—Hágase. Estoy seguro de la virtud de los que me rodean.

¡Tin... ton... tin... tan!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

Los servicios del reino, a pesar del cambio de personal, en nada se resintieron.

Los antiguos criminales vistieron la toga, ciñeron la espada y empuñaron el báculo.

Y llenaron sus funciones con la misma gra-

vedad y la misma exactitud que sus antecesoras.

Los joyeros vendieron sus alhajas a los nuevos sacerdotes, generales y magistrados. Las mujeres livianas les dieron sus placeres.

Y las cárceles se siguieron llenando de ladrones y homicidas que proporcionaban con la abundancia de todos los tiempos los nuevos desheredados. El hambre, la envidia, la pasión y la locura siguieron forzando cajas, escalando palacios, esgrimiendo el puñal y vertiendo sangre.

El código era el mismo y se aplicaba con el mismo rigor.

Las mismas quejas de otros días hirieron los oídos del rey.

El rey comprendió que había tenido razón el condenado a muerte.

Pero, no acertando con el remedio, dejó pasar años y siglos, estudiando y pidiendo consejos.

Y un día los desheredados, en el paroxismo del furor, asesinaron a los magnates y a los generales y a los sacerdotes y a los magistrados, y al mismo rey; y volaron palacios y concentraron toda clase de crimenes, y al que al oír ¡Tin... ton... tin... tan! preguntaba:

—¿Qué anuncia esa campana?

Le respondían también:

—Anuncia la hora de la justicia.

F. PI. Y ARSUAGA.

Conservación de la manteca.

Colocad la manteca fresca en un frasco bien limpio cuyas paredes no pueda atravesar el aire.

Se hace hervir en un poco de agua la cantidad de sal necesaria para saturar esa agua y después vertedla en el frasco de la manteca de forma que quede cubierta por el agua unos

dos centímetros; hecho esto, se pone la tapadera.

De esta manera y teniendo cuidado de sacar la manteca que se consume por capas horizontales, de modo que se evite la acción del aire, la conservación podrá prolongarse por tiempo indefinido, según lo demuestran recientes ensayos hechos en Argelia.

Astucia de un orador.

Defendiendo Demóstenes, padre de la elocuencia, a un hombre que iba a ser condenado a la pena capital, algunos de los jueces se divertían entre sí, en conversaciones que alarmaron al elocuente orador. Conociendo entonces que la oratoria sería inútil en un país de sordos, trató de llamar la atención de los jueces, y lo consiguió, refiriendo un cuento que enlazó con su asunto y es el siguiente:

Un aldeano alquiló su asno a un pasajero, principiando la jornada juntos, el pasajero en el jumento y el dueño a pie. Como era en el estío y la hora de medio día, el sol incomodaba demasiado, hasta el extremo de haber de apearse el que iba montado, acogiéndose a la sombra del asno. Viendo esto el alquilador, dijo:

—Eso no, buen pasajero, que yo el jumento alquilé, pero la sombra no, y, siendo esto así, apartate de ella y déjamela.

—No estás en lo justo—replicó el otro—, porque si el asno no puede apartarse de su

sombra, cuando yo pagué su alquiler también pagué su sombra.

—He aquí—dijo Demóstenes—entablado un pleito en dos partes que van al tribunal, sosteniendo cada cual su derecho y confiando en su justicia y en la imparcialidad de los jueces.

Entretanto, los que esto escuchaban habían dejado de hablar y, atentos y silenciosos, no podían ocultar el interés que tomaban en el pleito del jumento, ni la extraordinaria curiosidad que tenían por saber la resolución que en él recayó; pero el diestro orador, cambiando de repente de entonación y de asunto, exclamó enardecido:

—¡Oh, senado su remol! El despreciable litigio de un asno llama vuestra atención y no os la llama la importancia de la vida de un hombre!

Esta reconvencción produjo tal efecto, que no se distrajerón más; escucharon al irrisorio orador y el reo fué absuelto.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales
Madrid, provincias y extranjero

La segunda escuadra.

San Sebastián, 16 (3'10).

El ministro de Marina, después de despachar con el rey, habló con los periodistas sobre la segunda escuadra. Hizo de ella una calurosa defensa y dijo que es necesario para hacer frente a España y para dar trabajo a miles de obreros.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Protegiendo la agricultura.

Buenos Aires, 15 (22).

Un diputado ha propuesto en el Congreso un empréstito de cien millones de pesos tras oro destinadas para hacer pequeños préstamos a los agricultores y criadores de ganado.

Gran incendio.

Petersburgo, 16 (3).

Un gran incendio ha estallado en un barrio obrero. Ha destruido 25 casas, dejando a más de 1,000 personas sin abrigo ni hogar. Se han hallado cuatro cadáveres entre los escombros. Las pérdidas son enormes. El incendio continúa.

Contrabando de armas.

Londres, 16 (4'10 madrugada).

Han sido capturados por la policía 250,000 cartuchos destinados a los voluntarios de Ulster.

Nuevo presidente.

Méjico, 16 (6'2).

Carvaal prestó juramento como presidente delante de todos los diputados y senadores a las 7'20 de ayer tarde.

La escolta de la guardia presidencial rindió los honores en el palacio nacional.

Católicos muertos.—La familia de Huerta.

Veracruz, 16 (68 m.).

Algunos padres jesuitas refugiados en Veracruz aseguran que muchos católicos fueron atropellados y mutilados por los soldados de Villa.

Otro despacho dice que la familia y las niñas de Huerta han salido de Méjico la noche anterior y en tren especial.

ÚLTIMOS PARTES

La Gaceta.

Madrid, 16 (10 mañana).

La Gaceta publica:

Ley relativa al impuesto sobre el azúcar.

Reales órdenes nombrando varios registradores de la propiedad, entre ellos a don Andrés Benítez, que servía el de Vilafranca del Panadés, pasa al de Arenys de Mar, y don Julián Muro, que servía el de Gandesa, pasa al de Illescas.

Resolviendo consulta elevada al ministerio de la Guerra por el intendente militar de la sexta región sobre las entidades que deben satisfacer el importe de las estancias causadas en los Hospitales militares y socorros que devengan los moros que comparezcan ante los Tribunales militares.

Habiendo consultado formulada por el ministerio de la Gobernación en real orden de 23 de Mayo último acerca de posibilidad de transferir el crédito que adquiere contra el Tesoro e expedidor de un telegrama que sufre extravío o mutilación.

Disponiendo que por la Jefatura de Obras públicas se remita a la Dirección General de Obras públicas antes d 120 de Agosto próximo los datos referentes a instalaciones eléctricas en la zona de su demarcación, con arreglo al modelo que se public

Don Melquiades.

Cajón, 16 (10 m.).

Cuando llegó don Melquiades Alvarez al acorazado *España* sobre cubierta estaba formada una compañía de marinería.

En el muelle le recogió la canoa automóvil del buque para llevarlo a bordo.

Grave explosión.

Valencia, 16 (10 m.).

En Carcagente, estando cargando unos cartuchos de caza un vecino de la barriada marina se le cayó uno al suelo haciendo explosión.

Las llamas prendieron en las ropas de un niño suyo que estaba a su lado.

El padre quiso apagar las ropas del hijo y desgraciadamente se propagaron las llamas a sus propios vestidos.

Salió a la calle pidiendo socorro y varios vecinos lograron apagar el fuego.

El niño sufre graves quemaduras y se teme que fallezca.

El padre está grave.

Los barberos.

Bilbao, 16 (10 m.).

Los oficiales barberos han celebrado una reunión para tratar del escrito en que los patronos exponen los fundamentos que les han impulsado a rescindir el pacto referente a las horas de trabajo.

Han acordado negarse a servir desde el próximo sábado si para esa fecha los patronos no respetan el referido pacto.

El poeta Salvador Rueda llegó, siendo recibido por representantes de los círculos literarios.

De Africa.

Tetuán, 16 (10 mañana).

Ha marchado a Madrid el general Milans del Bosch.

Hoy ha sido relevada la posición de Laucien, subiendo el regimiento de Mallorca y bajando el de Badajoz.

El batallón de Llerena sustituyó en el Río Martín al de Arapiles.

A la una de la tarde llegó a Tetuán el general Weyler, acompañado de su hijo don Fernando.

El general Marina salió a esperarlo al Rincón de Mediá y ambos vinieron a Tetuán, solos en un automóvil, viniendo en otro coche los acompañantes.

Una Compañía de Saboya, que se hallaba formada en la plaza de España, con bandera y música, tributó al general Weyler los honores correspondientes a su alta jerarquía.

El viajero revisó las fuerzas citadas y acto seguido se dirigió al palacio de la residencia general, donde se hospeda, verificándose una recepción de oficiales a la que concurrieron todos los generales, jefes y oficiales francos de servicio que se hallan en Tetuán, el cónsul y otras personalidades.

El general Weyler conversó con todos diciendo que venía sólo a estudiar la parte militar que aquí se realiza.